

## Abrazos, besos y efusiones varias

**E**n las habituales ocasiones que de pequeño –podría tener unos cinco años– acompañaba a mi padre en sus también habituales incursiones por bares, en su trabajo, u otros lugares del pueblo, él, orgulloso de su hijo a pesar de que apenas levantaba tres palmos del suelo, y en respuesta a las bromas de sus amigos que le decían ¡vaya un zagal que tienes... si está hecho un hombre...! Mi padre sacaba pecho y poniendo su mano encima de mi cabeza decía: ¡Anda, saluda como un hombre!

Hoy alguien le encontraría la explicación absurda de que por ahí empezaban a gestarse las formas de un futuro machista. No, nada que ver. Hoy los hombres manifestamos en determinadas ocasiones nuestro afecto por amigos antiguos o nuevos, dándonos un par de besos o un abrazo juntando las mejillas. Desde luego lo que me queda de aquella enseñanza práctica es que con mi hijo yo repetí lo mismo, añadiendo que cuando saludara a alguien dándole la mano, lo hiciera con fuerza, mirando a la cara, transmitiendo afecto al menos.

Acabo de leer un libro de la poeta lumbrense afincada en Alhama, *Magdalena Sánchez Blesa*. Es un canto a la vida, una enseñanza a sus hijos –el título *Instrucciones a mis hijos*, ya lo dice– que igualmente vale para todos los hijos y una forma de entender el amor por los semejantes, aunque ahora solo quiero referirme a una frase que de manera muy original inserta en un lateral de la página que da título al poema *La vida es fabulosa*. Viene a decir escrito de su puño y letra lo siguiente:

- ***Si estrecháis la mano, hacedlo con fuerza.***

Si el saludo es una forma espontánea de manifestar el grado de afecto y alegría que nos produce el encuentro, este no debería ser frustrante.

La mano que choca contra la otra y se encuentra con unos dedos que manifiestan desgana, me produce repelús. Otro tanto puede ocurrir si el saludo es un par de besos en la mejilla, si quedan reducidos a un protocolario “muá-muá” apenas sin roce. Situación que se puede ver agravada si en el contacto detectas una capa de maquillaje del que te quedas impregnado.

El saludo no puede ser motivo de compromiso salvo que padezcas la enfermedad obsesiva-compulsiva del intérprete –*Jack Nicholson*– en la película *Mejor... imposible*, que le forzaba a lavarse las manos tras cada saludo. Para eso... mejor no tocar. Límitate en todo caso a una leve inclinación de cabeza y quedas mejor. Aunque previo al encuentro ya intuyes si tu oponente es dado al saludo por la actitud remisa, incluso por el intercambio de miradas.

Desde hace unos años y por eso de las modas adoptamos forma de saludo con las que no estoy totalmente de acuerdo. No lo digo a fin de marcar unas pautas personales de comportamiento. Cada cual es y debe ser libre para saludar como quiera, es su tarjeta de presentación. Me refiero a la costumbre de dar un beso –un par– a la mujer a la que

acabas de ser presentado, cuando ni por el conocimiento, ni el afecto, ni a veces la predisposición u oportunidad es la adecuada para llegar al punto de juntar las caras. Todo lo contrario en el encuentro con amigas de edad avanzada donde darse un par de besos es un *chute* al cariño mutuo. Una amiga de mi pueblo aunque me vea lejos, me *chista* para acudir al encuentro. Tiene ochenta y tantos años. Me encantan los besos del “Sol de los soles”.



Torre vigía de la Torrecilla (Lorca) el 30 de diciembre de 2017

Bueno, son historias. Como la de una señora que para saludarme con un par de besos – a pesar de mis lozanos y despreocupados 20 años– llevando yo la barbita de moda en aquellos tiempos, me cogió la cara con delicadeza y depositó sus labios... pero sobre el único lugar libre del áspero pelo: los pómulos.

Personalmente me gusta el contacto directo, aquél que sea capaz de transmitir afecto. Puede ser un abrazo, la mano sobre el hombro en señal de cercanía... El acto de coger las dos manos es posiblemente el que intuyo como más cercano. Las manos como los labios, “hablan”. Son de esas partes del cuerpo tan cercanas y por supuesto tan desnudas capaces de transmitir emociones.

En el caso de los labios ya lo decía la cantante italiana *Iva Zanicchi* en su versión –para mí la mejor– sobre *Nostalgias*:

*Quiero emborrachar mi corazón  
para apagar un loco amor  
que más que amor es un sufrir...  
Y aquí vengo para eso,  
a borrar antiguos besos  
en los besos de otras bocas...*

Pero ese tipo de besos relacionados con apremios, nostalgias, ansiedades y angustias febriles nada tienen que ver con lo que explicaba antes. Lo cual no quita interés al asunto pudiendo ser el tema central que justifique un futuro comentario escrito.

Dejemos que el *bandoneón* siga dejando escapar su música. Tangos que hablen de besos en bocas conocidas o ajenas. Pero si alguien no tiene esa oportunidad, que busque al menos el calor de un buen abrazo, el contacto de una mano vigorosa que transmita afecto, un par de besos dados con alegría... o acaso finalmente, una mirada larga que no precise palabras.

Buen viaje tenga el año que se despide hoy. Bienvenido el que entra. Los mejores deseos para todos de este *contador de historias*.

La Torrecilla, 31 de diciembre de 2017